

vió. Si en la noche precedente hubiésemos partido para Cesarea, Teobaldo no nos hallara, el Emperador lleno de confusiones y desconfianzas nunca diera libertad á los presos, y vendria entonces á verificarse nuestra mentira, y tal vez cumplirse sin dificultad todos nuestros deseos.

26 Reflexionad, pues, señor, en lo que haceis. Vos iréis á perderos por socorrer á otros. Si proseguís en la deliberacion de ir á Nicea, y decir allí la verdad, bien podeis volveros luego á Europa, porque en Asia seréis generalmente despreciado. Aymar, la Reina y el Conde de Brienna bastan para perderos del todo. ¡Qué infelicidad! cuando podeis triunfar de ellos, y tal vez subir al trono; pues para esto no es menester mas sino que la pasion de Elena se declare á vuestro favor solo una vez. Ninguno tuvo jamás circunstancia tan favorable para empuñar el cetro, como la que la fortuna os ofrece. ¡Y quereis despreciarla! ¡y despreciarla prefiriendo vuestra ruina! Si yo, señor, estuviese en lugar de daros consejo, os diria que os retiráseis luego, y que llevando á Elena en vuestra compañía, partiéseis á Cesarea, diciendo al Sultán que teneis razones muy poderosas para no ir á Nicea: que el Emperador ninguna autoridad tiene sobre vos para llamaros á su presencia, y mucho menos á su juicio; y que ya le habeis respondido por escrito sobre el punto en que quiere consultaros. En este caso, yo iré solo con el enviado á Nicea, y hablaré de modo que conoceréis que soy vuestro verdadero amigo. Así habló Neucasis, y jamás hubo bálsamo tan suave para una herida inflamada, como lo fue este consejo para el corazón del Conde.

27 Infinitamente le agradó el pensamiento que favorecia todas sus pasiones; mas le horrorizaba haber de ser causa de la muerte de un hombre como Miseno. Entonces Neucasis viendo que el Conde ya titubeaba, esforzó toda la elocuencia de su política, y á manera de cazador astuto que ve la presa enredada en el lazo, y antes que lo rompa y escape repite unos golpes sobre otros hasta rendirla del todo; así Neucasis pintaba la insolencia de aquel hombre, la esclavitud en que le traía, y que era indecente á su persona andar con pedagogo á su lado, como si fuese un pupilo. Que su ardua filosofía era propia para consolar en el retiro de un bosque á algun desgraciado de la fortuna, y no para un caballero á quien la sangre real, la edad floreciente y los dotes de naturaleza le hacian acreedor de todos los honores y delicias del mundo: que ningun escrúpulo debía hacer de desamparar á Miseno en la cárcel, por cuanto él en todas

partes hallaba su paraíso: que el Embajador era un hombre á quien el Conde no debía obligacion alguna, y que era muy duro haberse de sacrificar á sí propio por respeto de otros.

28 ¿Cuándo vísteis, decia, que para alcanzar un cetro procediesen los Príncipes con esa delicadeza? Los mas preciados de honor y humanidad apenas vieron que la fortuna les señalaba, aunque á lo léjos, no dudaron para subir al trono atropellar la justicia, la sangre, y hasta la misma humanidad. ¿Cuántas veces por solo esta causa se han visto correr los rios teñidos de sangre, las campiñas inundadas de cadáveres, y el fuego de la guerra encendido entre padres é hijos, entre hermanos y hermanas? Si la patria padece, si la justicia se queja, si clama la razon, si mueren los inocentes, todo es nada cuando se trata de ceñir una corona. Pues ¿qué comparacion tiene con eso el mal particular de dos hombres, el uno que hace muy poca falta en el mundo, y el otro que solo hace vanidad de despreciarlo? Demás, que vos estáis en unas circunstancias terribles, porque de ordinario un paso ya dado obliga á continuar el camino, cuando no se puede volver atrás sin deshonra; y no puede haberlo mayor del que aquí os amenaza, si acaso flaqueais en medio de la empresa; porque ó habeis de pasar plaza de mentiroso, embustero é indigno, ó admitir las esperanzas de un trono con que la fortuna os convida. Ved lo que escogéis: y veréis si conviene partir á Nicea á sacrificaros, ó á Cesarea para procurar una corona. Así habló la furia infernal por boca de Neucasis.

29 ¿Y con qué podré pagaros, amigo Neucasis, le dijo el Conde, tan relevante servicio? Yo estoy resuelto: parto á buscar á Elena, y transportarme con ella á Cesarea, y de allí á San Juan de Acre. Vos iréis con el enviado á estar con el Emperador, y ved como sin perjuicio de ninguno podeis favorecer mis intentos. Sabed que yo siendo conde soy vuestro amigo; mas si la fortuna me protege, muchos se darán los parabienes de poder serlo vuestro. Decid al enviado lo mismo que me aconsejásteis para el Sultán de Iconio, y la misma política servirá para satisfacer á entrambos; mas es justo que yo espere en la corte del Sultán, á fin de poder llevaros en mi compañía.

30 Huye veloz el pájaro cuando se ve libre de la red en que ya estaba casi cogido, y poco menos era la velocidad del Conde volviendo á Iconio, dándose la enhorabuena de haber escapado del peligro en que le habian puesto los hados.

31 Quedó Neucasis encargado del negocio de sosegar al envia-

do, cuando supiese la retirada del Conde, que habia de ser de madrugada y oculta; y confirmándose el veneciano en sus pensamientos, se decía á sí mismo: Que perezcan en buen hora Miseno y el Embajador, porque sin eso el Conde está perdido, y yo seré envuelto en su espantosa ruina. No puedo volver á Venecia, pues los marineros serán testigos que por mi culpa se sumergió el navio; y entonces, hacienda, reputacion y libertad todo lo tengo perdido. No me queda otro asilo que la proteccion del Conde; pero si se descubre su maliciosa intencion, yo seré el blanco del odio de todos, por ser el autor de este pensamiento. Esto debo evitarlo á toda costa. Por lo contrario, si estos dos hombres quedan á la disposicion del Emperador, la pena y sentimiento les hará perder la vida, y de este modo sin ruido triunfaré con mis proyectos. Ahora ¿qué cosa mas razonable, que habiendo de perecer alguno, sean ellos, y yo no, los desgraciados? Sí, sea como fuere, yo debo poner en salvo mi vida, y cuidar de mi honor propio. Llevado de este discurso, fingió Neucasis una carta escrita á nombre del Conde al Emperador, en la que se excusaba de la jornada con ciertos pretextos, la cual entregó al enviado, cuando este en el día siguiente, queriendo proseguir su viaje, se halló solo con Neucasis, y sosegándole con buenas razones, lo acompañó hasta Nicea.

32 No sabia Miseno ni el Embajador la causa de tanta tardanza. Jamás, decian ellos entre sí, se vieron presos tratados con tanta honra, tanta estimacion, tanto mimo, tanta decencia. La Emperatriz nos saluda risueña cuando nos encuentra en los jardines. El Emperador ha perdido aquel aire feroz y perturbador que antes tenia; pero las centinelas no nos pierden de vista: los dias pasan, y no se nos permite audiencia. Aymar, á mas del cuidado que le causaba esta detencion, tenia la cruel incertidumbre de la muerte de su esposa. Perdía el sueño y la paciencia, y solo en las máximas de Miseno podia encontrar consuelo y alivio.

33 Ved aquí que de repente se muda toda la escena, y son conducidos de noche á los calabozos de una tenebrosa cárcel, sin que á ninguno de ellos se le declare la causa de este procedimiento. Con todo á fuerza de dádivas consiguió el Embajador de un guarda que se le manifestase en secreto.

34 Llegó, les dice, esta tarde un veneciano llamado Neucasis, conducido por Teobaldo, capitan de los guardias del Emperador, el cual puesto en su presencia, le alabó sumamente la prudente cautela de teneros en prision, juzgándolo necesario para la seguridad de

su corona; porque Miseno, decía el veneciano, es hombre de grandes empresas, capaz de revolver medio mundo: sus máximas son extraordinarias, nada se resiste á lo que él intenta; y yo no sé lo que pretende en el Asia. Lo que sé es que tiene grandes inteligencias con muchos príncipes de Europa, y con Aymar, embajador de algun soberano, bien que ignoro sus secretos; mas solo os digo, señor, que vuestro juicio es muy penetrante, vuestro corazon fiel, y que en materia tan delicada toda cautela es precisa; y si nada mas teneis, señor, que mandarme, permitid que me retire.

35 Retiraos, le dice el Emperador, id á descansar de la fatiga, que yo os agradeceré el servicio que me haceis. Este anillo os será una memoria de mi reconocimiento, que será perpétuo; y si quisierais quedaros en mi corte, conoceréis siempre que soy vuestro amigo. Todo esto oimos los guardias, y de este modo se retiró Neucasis bien premiado; y el Emperador furioso mandó que os condujesen á esta mazmorra, lo que ejecuté con pena, mas debo obedecer á mis Soberanos.

36 Esta fue en sustancia la noticia que les dió el guarda á Miseno y á Aymar, la que sirvió para poner al Embajador en la mayor consternacion. Veia que habia perecido su esposa, pues venia solo Neucasis, quien como marinero podia haber escapado de las ondas mejor que una señora; ahora ve que habiendo perdido esposa y libertad, está en riesgo de perder el honor y la vida por una traicion manifiesta, y en esto casi enloquecia. Teme Miseno una funesta desgracia, y olvidando el daño propio aplica todo su esfuerzo á sostener en peso el corazon del Embajador, que por momentos iba á precipitarse en la última desesperacion. Sea Neucasis, decía, el hombre mas perverso del mundo, nada podrá, amigo mio, para hacernos infelices. El Ser supremo que lo preside todo ¿podrá disgustarse de nosotros, porque sufrimos la alevosía de los otros? ¿podrá sin razon tomar el tono que un malvado le diere? ¿y perseguirnos, como él, sin causa? Quanto mas triunfan la falsedad y la maldad, tanto mas la Sabiduría suprema, superior á todos los sucesos, ha de saber triunfar del engaño; porque de otro modo quedaria vencido el Dios de la verdad por el autor de la mentira. No tengais, pues, miedo: venga sobre nosotros cualquier suceso; si nos conservamos firmes en la respetuosa sumision á los divinos decretos, no podremos ser infelices. Un Dios por esencia bueno, y de bondad intrínseca, bondad innata, bondad infinita, ¿podrá hacer infelices á los que se entregan á todo cuanto quisiere disponer de ellos? ¿á quien no osa le-

vantar los ojos ni preguntar la razon de nada, y obedece sin réplica sus altísimos consejos? No, no puede ser. Primero serán confundidos los cielos con los abismos, y la tierra reducida al caos de que fue formada, que Dios mude de naturaleza, ó se olvide de nosotros.

37 Aymar se aquietaba un poco; pero luego volvía á sus primeros movimientos, no acabando de ponderar la maldad de Neucasis, y la increíble pasion del *interés* que le consumía. Vendió, decía él, nuestra vida, nuestra libertad y nuestro honor por el regalo que el Emperador le hizo. Librémonos, respondió Miseno, librémonos de que la codicia nos toque; porque si nos dejamos llevar de esta abominable pasion, caeremos en los mayores excesos: creed, amigo, que la primera cosa que el oro hace, es cegarnos. Este metal infeliz rara vez brilla sin que deslumbre á quien de cerca fija en él los ojos; mas tened ánimo, que por la misma razon que la Providencia deja en sus errores á quien se entrega á las pasiones, conducirá al acierto á quien las reprime, y se gobierna solo por la razon. Dios, que aquí nos condujo sin culpa nuestra, nos sacará del riesgo, si le dejamos obrar, sin murmurar de él. ¿No es esto ya un gran favor que nos hace, darnos á conocer los hombres, para no fiarnos de ellos?

38 Admirábase el Embajador de ver tal serenidad de ánimo, é iba aprendiendo á discurrir como Miseno; mas como aprendiz de esta nueva filosofía, á cada paso se encontraba embarazado, y las pasiones rebeladas levantaban un tumulto y tal confusion, que ni los discursos le convencían, ni los ruegos le doblaban, y enfurecido muchas veces queria quitarse la vida. Miseno afligido por el mal ajeno, levantaba sus ojos y su corazon al cielo, firme siempre en la idea que tenía de la Providencia suprema; y tanto mas seguramente esperaba de ella el socorro, cuanto mas cerradas veía las puertas para conseguirlo de las criaturas.

39 Teodoro en el interin, inquieto, indeciso y afligido, luchaba consigo mismo. Unas veces la candidez de Miseno, la uniformidad en la declaracion de los dos prisioneros, y la palabra del Sultan de Iconio le aseguraban que nada tenía que temer de los preparativos de guerra. Otras veces, la resistencia del Conde de Moravia para ir á Nicea, las palabras confusas de Neucasis, aprobándole su cautela, haberle dicho que era Miseno sujeto de quien debía temerse, por ser de grandes máximas y proyectos, y superior al comun de los hombres, le hacían entrar en la mayor sospecha. Por otra parte, la Emperatriz no podía creer que aquel personaje fuese capaz de igual atrocidad, y apartaba al Emperador de todo pensamiento siniestro; mas

de cuando en cuando convenia tambien con él. Bien como los álbamos frondosos y elevados, que sobre la cumbre de la montaña están expuestos al rápido viento, que son impelidos sin cesar á partes opuestas, y que inclinándose ya á un lado, ó ya á otro, se encuentran, y mutuamente se combaten ó van conformes de acuerdo, y se unen: así estaban los Emperadores agitados de sus pensamientos; y para conocer la verdad toman la resolucion de decir á los presos, que su enormidad estaba ya conocida, sus delitos descubiertos, y su condenacion sin remedio, para ver si la conciencia los perturbaba, ó su propia lengua los confundía.

40 Entre tanto Neucasis, viendo que estaba la puerta abierta para su fortuna, si lograba persuadir al Emperador la conjuracion imaginada, fingió otra carta del Conde de Moravia al mismo Emperador, en la que con términos oscuros daba á entender que Miseno era hombre sospechoso, y muy peligroso el Embajador su confidente. Nada le impedía el vuelo que su ambicion habia tomado, asentando que convenia perder á toda costa los dos presos, para triunfar de los hados que tanto le habian perseguido.

41 En el dia siguiente fueron llevados los dos al tribunal, cargados de hierro y esposas; y todo el aparato era de una pronta ejecucion de justicia. El Emperador se dejó ver con toda la pompa de la majestad: la severidad de juez, y la cólera de parte ofendida. La llaga antigua de los celos pronta á reverdecer, y los vivos temores de su imaginacion le suministran un aire feroz y un semblante terrible: todos temen y tiemblan en su presencia, y con solo su vista amenaza. Neucasis, el piloto y los marineros son llamados al juicio: tambien asiste Teobaldo, é igualmente los principales señores de la corte, y á presencia de todos dice el Emperador de esta manera:

42 Justo es que todo el mundo sepa hasta dónde llega la malicia de los hombres, y los peligros de un monarca, y conviene que no se ignore el motivo de las mas rigurosas demostraciones de mi justicia, por quanto los Monarcas somos responsables al público de lo que hacemos, y nuestras acciones son siempre juzgadas en el tribunal de todo el universo.

43 Ese primer reo que ahí veis, no contento de haber maquinado todas las infelices revoluciones de Constantinopla, de lo que se siguió ver en las manos de los extraños la corona de mis padres, despues de procurar su destruccion, viene ahora á perseguirme hasta en el Asia y en todo mi imperio. Mas gracias al cielo, que ha sido su malicia descubierta; la que para su mayor confusion quiero ahora

manifestarla públicamente en presencia suya. Aquí están estos extranjeros, hombres de probidad y de honor, que á pesar del amor de compatriotas, no pudiendo sufrir el horror de su atentado, han depuesto contra él. El Conde de Moravia, que venia á mi corte para dar fe de esta conjuracion oculta, huyó temeroso. *¿Y es viva Elena?* exclamó Aymar fuera de sí, arrebatado de un repentino alborozo; porque con esto revivieron en él las esperanzas casi perdidas, de que su esposa hubiese escapado del naufragio. Esta pregunta intempestiva causó grande admiracion en el Emperador y en los circunstantes; y el Embajador pidiendo perdon de su imprudencia, calló al punto, dejando continuar al Príncipe, el cual mandó que dijese Neucasis lo que sabia contra Miseno. Sean, decia el Emperador, dos veces castigados por la confusion y por los tormentos, y verá el mundo toda la prudencia con que obro, y como sé moderar los impulsos de la cólera, aun la mas justa y la mas irritada. Neucasis, haciendo al Monarca la debida reverencia, dijo con voz trémula y semblante perturbado:

44 Nada hallo, señor, que sea tan sagrado en el mundo, como la vida y seguridad de los Soberanos. Ellos son vicedioses en la tierra: todo se les debe sacrificar, hasta la mayor amistad. No lo juzgó así el Conde de Moravia, que ya venia á satisfacer vuestro empeño, cuando su reflexion pusilánime le detuvo los pasos. Su equidad no le permitia mentir, ni la amistad de Miseno decir la verdad. En estos términos, no hallando otro medio para evitar los dos crímenes, se retiró dejándome esta carta, que he tardado en presentaros, porque me previno que no lo hiciese sino en el último aprieto. Tanto le contenia el amor á Miseno, y tanto temia perderle del todo; mas como vuestras órdenes son para mí como divinas, nada, señor, puedo ocultaros. Alegróse el Príncipe, y mandó á Teobaldo que tomase la carta de Neucasis, y la leyese en público, lo que ejecutó, y decia así:

45 «Razones muy urgentes, Príncipe soberano, me obligaron, como ya os lo manifesté por vuestro enviado, á suspender el viaje de Nicea; mas los pasos que ya habia dado son prueba de la voluntad sincera que tenia de obedeceros. Sabiendo, pues, que todo el fin de este viaje únicamente era examinar quiénes fuesen los dos presos que se hallan en vuestro poder, declaro que solo los conozco de un casual encuentro en el navío en que todos peligramos. Sé que Miseno es hombre de grande entendimiento, cuyas máximas son para estimarse y para temerse. Aymar tiene política muy fina

«y grande astucia, y yo con mucho gusto me veo libre de la compañía de ambos, porque me podia ser peligrosa. Vuestra prudencia pesará en balanza exacta el valor que tengan para la estabilidad de una corona los motivos de vuestra justa desconfianza, y las circunstancias presentes. Creo que habiendo sospechas tan bien fundadas, no podrá ocultarse á la perspicacia de vuestro entendimiento el crimen de alguna conjuracion disfrazada; y sabed que ninguno desea mas vuestra seguridad que el Conde de Moravia, etc.» Calló Teobaldo, y á manera de un viento repentino que se levanta del frondoso bosque, se oyó un gran susurro en toda aquella asamblea. En el semblante del Emperador se veian al mismo tiempo la cólera y el júbilo, por ver descubierto el delito. Neucasis estaba bañado en gozo por haber salido bien de su estudiado engaño. La Emperatriz triste y afligida pide al Emperador que le permita á Miseno que hable; lo que el Monarca le concedió, para que su confusion probase con la última evidencia su crimen; y toda la autoridad del Soberano fue precisa para imponer silencio, y mandar que diesen atencion á lo que Miseno iba á decir.

46 Como peñasco inmóvil que cuanto mas furiosas y espumando le combaten las olas, tanto mas triunfa de ellas con su inalterable sosiego, así estaba el rostro de Miseno, á quien siéndole permitido hablar, dijo de esta suerte:

47 Si los Monarcas, señor, son responsables al público de sus acciones, yo tambien lo soy, y no solo al público sino tambien á mí mismo y al Ser soberano que preside á todo lo criado, el cual con madurez, justicia y verdad distribuye ó niega á los mortales la sólida felicidad, por la que todos suspiramos. Sea el que fuere el juicio de los hombres con respecto á mí, nada será útil á mi intento, nada me será nocivo: si obrare mal, temeré siempre mi propio juicio, que me condenará perpétuamente: temeré el juicio de la eterna Verdad, que no depende de los hombres; mas si obrare bien, nada temo, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en los abismos. Esto supuesto, digo, señor, que ningun crimen tengo contra vos; y quiero que me sirva de testigo el cielo, cuando la tierra lo rehuse, de que jamás me ocurrió la idea detestable de maquinare contra vuestra corona; trabajé, sí, y apliqué todos mis esfuerzos para ponerla en la cabeza de vuestro suegro: lo conseguí y quedé satisfecho. Tambien hice pasar á Isaac Angelo de la cárcel al trono; mas esto no tanto á mí como á la Providencia suprema lo debieron aquellos Príncipes, y yo no pido, ni nunca esperé de los hombres recompensa alguna de cuanto he obra-

do en mi vida. Si despues vuestros padres fueron depuestos del reino, no dependió de mí su desgracia : encerrado me dejaron en una mazmorra , muy léjos de sus Estados , cuando cayeron del trono. Vos fuisteis testigo , y á vos mismo os cito.

48 Ahora , pues , señor , como ya os hice relacion de los fines y lances de mi viaje , no ignorais que este mi compañero es el Embajador de la Reina de Jerusalem , enviado por ella á Filipo Augusto , y que vuelve trayéndole noticia de que el conde Juan de Brienna vino á ser esposo de la nueva Reina ; sabeis tambien que el Conde de Moravia , á quien acompañé como tal , venia solamente á cumplir su voto en la conquista de los Santos Lugares : igualmente sabeis que él y Elena , esposa de Aymar , mi compañero , se separaron de nosotros por la revolucion de los vientos ; y en fin , que nosotros dos impelidos del naufragio y roto el bajel , fuimos arrojados á estas costas ; y que solamente os habemos pedido proteccion para saber si nuestros compañeros estaban vivos ó muertos : todo esto es cierto ; mas si Neucasis , si el Conde , si el piloto , ó todo el mundo entero dijese que os engaño , creed lo que quisierais , haced la justicia que mas fuere de vuestro agrado , que para mí es lo mismo perder que conservar esta vida. Mil veces la tengo expuesta , y así ni temo ni deseo la muerte : solo detesto la falsedad y el crimen , y ahora mirándolo en esos mismos que he amado como hijos , y viéndolo triunfar de la inocencia , dejaré gustoso un mundo donde reina y domina la cábala. Alegre , y corriendo en pos de la verdad , saldré por las puertas del tumulto , viendo tambien que ella huyó del mundo , y consentiré de buena voluntad á los que en él quedaren que triunfen como quisieren , y á su salvo , de mis huesos casi secos , de mis miembros consumidos á fuerza de trabajos , y en fin de estos viles despojos de mi alma feliz. Consentiré , digo , que triunfen conforme la ambicion y el error lo persuadiesen , por quanto estoy cierto , que ó el Dios de la verdad ha de ser mentiroso , ó algun dia ha de hacer sólidamente feliz á quien viviendo y muriendo abrazó siempre la verdad. Esto dijo Miseno con un aire tan noble , y al mismo tiempo tan sereno y tan dulce , que todos quedaron pasmados.

49 El Emperador quedó por un poco suspenso ; Neucasis tras-pasado , pálido y trémulo , quiso retirarse , mas la guardia lo detuvo , y el Emperador , sofocando en el pecho los movimientos del alma , le dice en tono imperioso : No , no saldréis de aquí sin que respondais á lo que dice Miseno.

50 Quiso Neucasis hablar , mas la confusion de su espíritu le anu-

daba la lengua. Solo pudo decir que se referia á la declaracion que ya tenia dada.

51 El Emperador fluctuaba , ya temiendo la conjuracion , ya la malevolencia y el engaño. En los semblantes de Neucasis , Aymar y Miseno se advertia una diversidad notable ; Neucasis , siendo el acusador , estaba pálido , trémulo y vacilante. Aymar tan lleno de cólera , que apenas podia reprimir la ira y la venganza. Mas Miseno con un aspecto sosegado , alegre y superior á todo , viendo á su compañero tan turbado , con un espíritu de héroe mayor que todos los acontecimientos de la fortuna , le dice :

52 No penseis , amigo y compañero , que este tribunal en que somos juzgados es el supremo , ni que su sentencia decisiva puede tener efecto irrevocable. No es de la sentencia de los hombres de la que depende nuestra felicidad. Á lo mas que se puede extender su poder es á nuestra vida , que vale muy poco , ó á la reputacion en el congreso de los mentirosos , que nada vale. Suframos , pues , con paciencia , y apelemos al tribunal de la verdad , en donde con sentencia eterna é inmutable se juzgará del heroismo con que toleramos la atrocidad de nuestros falsos amigos. Mas pierden ellos que nosotros , y mayor favor nos hacen del que nos harian nuestros mayores amigos. Si lo reflexionamos bien , ninguno trabaja tanto en nuestra felicidad como quien nos da ocasion para un insigne merecimiento. Es verdad que el supremo Distribuidor de los bienes es en nosotros la causa de todo lo que es bueno , dándonos la fuerza y luz celestial para triunfar de las pasiones y señorearnos de ellas ; mas nuestros enemigos son los que nos ocasionan el triunfo ; ved , pues , el bien tan grande que les debemos. Ellos ningun mal nos pueden hacer : ¿ podrán acaso robarnos la inocencia , ó privarnos de las interminables alabanzas que nos dará el Dios de la verdad ? ¿ Qué mal , pues , nos pueden hacer ? Demás , si habeis de dar gustoso la vida por la gloria vana de las armas , que siempre queda sujeta al capricho de los hombres , dadla por la *virtud* y por la *inocencia* , y al mismo paso compadeceos de quien por la ceguedad se deja caer en los errores que estais viendo. Ea , ánimo ; y volviéndose al Emperador , le dice :

53 Podeis , señor , muy á vuestro gusto disponer de nuestra vida , porque estamos en vuestras manos , y no nos resistimos. No confesarémos el menor delito , porque apelamos al tribunal de la verdad , y desde luego sufrirémos la última pena con todo valor. Y si la incertidumbre en que os veo admite algun arbitrio , comparad en buen hora vuestra paz con mi muerte , y sosegad vuestra conciencia ,

remitiendo con resguardo á mi compañero hasta Cesarea, pues á mas de ser señor de esos Estados, goza de los fueros sagrados de embajador de una testa coronada. De este modo nada arriesgais, porque no podeis temer á un muerto, ni tampoco á un hombre á quien no ofendeis, y que se irá pronto á un país tan distante.

54 En este punto entra Elena de repente en la asamblea, y se arroja á los piés de la Emperatriz pidiendo audiencia. Habia ella desconfiado en Iconio de las palabras equívocas del Conde, y de la ausencia intempestiva de Neucasis; y sabiendo del Sultan lo que bastó para entrar en sospecha de que su marido vivia, se vino á toda prisa aquí á Nicea, y á presencia de todos declara toda la intriga del Conde y de Neucasis. Pásmanse todos llenos de horror. Cae Neucasis á vista de Elena como desmayado. Aymar cargado de cadenas, corre á abrazarla á los piés de la Princesa. Miseno inmóvil bendice al cielo por la vida de Elena y de Aymar; y triste se compadece del horroroso crimen que acaba de oír, y toda la asamblea queda extática.

55 Al ver esto el Emperador, lleno de cólera, no halla términos bastantes para argüir la malicia de Neucasis. Este, sepultado en su confusion, trémulo y balbuciente, queria disculparse con la malicia del Conde; y de orden del Emperador fue encerrado en un oscuro calabozo, cuando Miseno juntamente con Aymar y Elena fueron conducidos en los brazos del Soberano á su gabinete, y tratados como merecia su virtud.

## LIBRO XX.

Aparécese á Miseno la venganza con insignias de justicia, y le persuade que deje castigar al Conde y á Neucasis delincuentes.—Llega Aymar embajador con la noticia de que acabado de llegar el Conde lo habia mandado encarcelar el Emperador.—Contra este y Neucasis se irrita S. M.—Ordena que comparezcan en su presencia los dos malvados, y los entrega á Miseno para que les señale el castigo, como á quienes le han agraviado tanto.—Decide Miseno que los reos sean puestos en libertad.—Extraña el Emperador la sentencia, como injuriosa á su soberanía.—Manifiesta Miseno que es *Uladislao, rey de Polonia*, y como rey manda á los presos besen la mano al Emperador, que les concede libertad por sus ruegos.—Se pasma la asamblea, número 16.—Bañado el Conde en lágrimas se postra á los piés de Miseno, y este le lleva á los del Emperador.—El Emperador habla á Miseno, etc., número 17.—Se sigue tratando de las pasiones.

1 No sabia el Emperador cómo manifestar á Miseno cuánto le estimaba. Aymar y Elena no acertaban con las expresiones de su agradecimiento. Pero Miseno recibia estos aplausos con la misma serenidad é indiferencia que los ultrajes pasados, resistiendo á las elevaciones de la fortuna, para no exponerse á experimentar los golpes de los abatimientos futuros que presagiaba, conociendo la inestabilidad del mundo. El Embajador, irritado sumamente contra el Conde y Neucasis por la informacion de Elena, pedia al Emperador venganza de este, y se resolvia á tomarla personalmente de aquel. Elena fomentaba esta pasion, pintando con tan vivos colores la alevosia del Conde, sus intentos depravados y su perfidia, que el corazon mas helado arderia en cólera. Estos mismos motivos inflamaban tambien al Emperador irritado contra la malevolencia y simulacion de Neucasis, y en este determinaba vengar el delito de ambos, sabiendo que estaba el Conde en Iconio, y le aconsejaba á Aymar, que con el derecho de esposo y el denuedo de ofendido se vaya personalmente á buscarlo para despicarse de la afrenta.

2 En este lance de Miseno, despues de pelear con sus pasiones y vencerlas, luchaba al mismo tiempo con las pasiones de todos, haciendo cuantos esfuerzos le eran posibles para impedir la ruina de sus enemigos. Mas todas las razones que oia ponderar de dia, las furias del *averno*\* se las procuraban avivar en el sosiego de la noche,